

Límites de una ilusión: la visión de la mujer en el *Libro de Buen Amor*

1. Introducción

En la Edad Media podemos señalar dos épocas bien diferenciadas. En la primera predominan las virtudes varoniles y la concepción de la mujer es más bien negativa. Aparece como un ser engañoso y tentador, el peor peligro para el hombre cristiano.¹ La emoción terrena más profunda es el amor del hombre por el hombre: el mutuo amor de los guerreros que luchan juntos contra la adversidad y el afecto entre vasallo y señor. En este período se cultivan las «gestas», que hacen tanto hincapié en los hombres y sus relaciones y no dejan oír ninguna voz femenina.

Sin embargo ya en el siglo XIII comienza la diferenciación. Gracias a la Iglesia, la obligación del consenso de ambos esposos para el matrimonio eleva el estatuto de la mujer. Además, la devoción a la Virgen María, presente durante toda la Edad Media, se intensifica por la afición de los teólogos a realzar su misión como corredentora. Esta tendencia se evidencia en la literatura mariana y no es ajena al *Libro de Buen Amor*.

Menéndez Pelayo destaca cuán identificado está el Arcipreste de Hita con las contradicciones y transiciones de su época, ya que pinta la sociedad española del siglo XIV y especialmente a las mujeres.² Por lo tanto, en el *Libro de Buen Amor* es notable el avance de lo femenino. La obra está signada por la presencia de la mujer, no sólo de la Virgen, de quien es muy devoto el autor, sino también de mujeres más reales y próximas, menos idealizadas.

El Arcipreste vuelve su mirada hacia las mujeres, fascinado por ellas. Lo impresionan vivamente y

esto se refleja en la caracterización que hace de la mujer y sus valores.

Nuestro interés es delinear cuál es la visión que predomina en el *Libro de Buen Amor* respecto del sexo femenino. Pero no todas las mujeres son presentadas de la misma manera, sino en diversos grados de estimación.

Cada una de estas mujeres tiene rasgos propios y peculiares, por lo que abarcar todos los aspectos y matices individuales sería una tarea muy vasta y compleja. Por lo tanto, recurrimos a la descripción de tipos, con rasgos comunes a varias de ellas. Los rasgos que destacamos son relevantes y significativos y sirven para expresar la visión del Arcipreste respecto de la mujer.

A continuación, presentamos estos tipos en forma vertical y descendente, desde el grado superior de idealización de la mujer hasta el grado extremo de inferioridad. El orden de la jerarquía se debe a las connotaciones medievales de lo superior como mejor, símbolo de la ascensión al cielo, y lo inferior como peor, la representación de la caída a los infiernos.

2. Tipos de mujer en el *Libro de Buen Amor*

2.1 La gloriosa

La Virgen María corresponde al mayor grado de idealización de la mujer. Cumple a la perfección sus tres roles: Madre de Jesucristo, Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo.

Es la raíz de todo bien por su tarea de corredentora. El hombre era esclavo del pecado, del demonio y la muerte hasta que ella, por su fe, hizo posible la llegada de Jesucristo, nuestro Salvador. Como Hija Perfecta, no vaciló un momento en acatar la voluntad del Padre.

En atención a los méritos del Verbo, que en ella habría de encarnarse, María fue adornada con todas las virtudes y dones. La plenitud de la gracia se manifestó también en su cuerpo. Su perfección interior se reflejó en su aspecto, sumamente be-

¹ Algunos Padres de la Iglesia, como Juan Crisóstomo y San Jerónimo, no dudan en aplicar a la mujer los epítetos más ofensivos: araña del diablo, soberana peste, larva del demonio y flecha del diablo.

² Menéndez Pelayo, Marcelino, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, s. f., t. I, pp. 309-310.

llo. Además, fue preservada del acto carnal, de la agonía-expiración y del dolor del alumbramiento. Estos tres actos tienen síntomas y manifestaciones idénticos (esfuerzo, tensión, ojos desorbitados, sudor, temblor de los miembros) que se relacionan con aquello que Bajtin denominó «lo bajo». En sentido topográfico, «lo alto» es el cielo y por tanto, lo elevado y sublime; «lo bajo» es la tierra, ligada a lo material y corporal.³

Era necesario aislar a la Virgen de ese «fisiologismo grosero», ya que hubiera menoscabado la gloria de la Madre de Dios. Lo común y universal implicaría una degradación en el caso de María, la criatura más digna, y por lo tanto, tan individual y personal. Esto es justamente lo que vuelve a María inigualable e inalcanzable.

La concepción de María fue por obra y gracia del Espíritu Santo. Ella se mantuvo siempre virgen, inclusive durante y después del parto.

Desde el mandado oviste
omilmente rrescebiste,
luego, Virgen, concebiste
al fijo que Dios enbía. (24)

Dio a luz sin padecer ningún sufrimiento, ya que Cristo pasó a través de ella como un rayo traspasa el cristal, sin romperlo ni mancharlo.

En Belén acaesció
el segundo, quando nasció
syn dolor aparesció
de ti, Virgen, el Mixia. (25)

En cuerpo y alma ascendió a los cielos, pues Dios quiso preservar su cuerpo de la corrupción. Y allí fue coronada Reina de todas las criaturas creadas.

Del seteno, Madre Santa,
la Iglesia toda canta:
suviste con gloria tanta
al cielo e quanto y avía. (31)

Como Esposa del Paráclito, tiene la misión de Abogada. Protege a sus devotos y los defiende. Por eso el Arcipreste le ruega que interceda por él en el día del Juicio Final (copla 1641).

³ Bajtin, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza Univesidad, 1990, pp. 23-30.

Con solicitud maternal consuela a los hombres en los dolores y penas. Los socorre y acompaña para evitar que se desvien de la buena senda.

Por ser tan sublime y elevada, no hay nada más noble que consagrarse a su servicio, alabarla y adorarla.

Quiero seguir
a ty, ¡flor de las flores!
siempre desir,
cantar de tus loores,
non me partir,
de te servir,
¡Mejor de las mejores! (1678)

El Arcipreste expresa de continuo su devoción a la Virgen. Su fe en ella es exultante y viva, segura y confiada. Cifra en la Gloriosa todas sus esperanzas de salvación.

La relación entre la Virgen y sus fieles se expresaba en la Edad Media en una estrecha correlación de servicio de vasallaje del pecador y de protección señorial de la Madre de Dios.

Gran fyança
he yo en ty, Señora,
la mi esperança
en ty es toda ora:
¡De tribulança,
syn tardança,
vénme librar agora! (1679)

La pureza y santidad de la Virgen son tan grandes que se derraman sobre todas las mujeres para dignificarlas. La condición femenina, que fue condenada por la desobediencia de Eva, es rescatada por la fidelidad y obediencia de María.

Sólo imitándola se alcanza la gracia de la vida eterna. Por eso, es el paradigma de conducta, el modelo al que todas las mujeres deben aspirar. Sin embargo, sólo María fue concebida sin pecado original, sólo ella fue salvada de la concupiscencia.

El resto de las mujeres puede solamente intentar emularla. Y en la medida en que lo consigan, serán más o menos dignas de respeto para el Arcipreste, ya que él toma a la Gloriosa como parámetro para juzgar a las mujeres.

2.2 Las virtuosas

El cristianismo condena las flaquezas y debilidades de la carne. Previene contra los actos impuros, que atentan contra la santidad del cuerpo. El acto

sexual sólo se excusa mediante los fines legítimos del matrimonio. Sin embargo, el deseo está presente en todos los hombres, ya que es un castigo por la Caída. Entonces, se entabla una batalla interior, entre el deseo y la virtud.

La virtud es la única forma de llegar a la meta, la salvación eterna. Para alcanzarla es indispensable seguir las pautas de comportamiento que la Iglesia dicta. Pero éste es un camino muy duro, que no admite desviaciones. Se necesita mucho temple para resistir las tentaciones y renunciar a los placeres terrenos.

Las virtuosas son mujeres de moral intachable, que se guardan castamente de cometer actos impuros. Dan ejemplo de sensatez y prudencia, ya que saben ver las acechanzas y riesgos ocultos. Han aprendido de las malas experiencias ajenas, por lo que se cuidan de los engaños del amor.

También reconocen el peligro que entrañan los mensajeros. Éstos tienen la misión de preparar el terreno para que el enamorado pueda conquistar los «favores» de la dama. Estas dueñas, muy cuerdamente, no se dejan persuadir por las palabras seductoras. Tienen una voluntad férrea, que se resiste a las malas sugerencias e influencias.

En una sociedad tan jerarquizada como la medieval, los nobles son siempre buenos y bellos, honestos y generosos. De ellos se esperan siempre buenas cualidades, por lo que no sorprende que las dueñas nobles, «de buen linaje», están adornadas con excelentes atributos. Son corteses y mesuradas, graciosas y muy dignas de ser amadas. Son las que aparecen en las coplas 77 ss., 166 ss., 1315 ss.

La compasión surge naturalmente de los corazones nobles, que sufren los dolores ajenos como en carne propia.

Por cumplir su mandato de aquesta mi señor,
ffize cantar tan triste como este trist' amor:
cantávalo la dueña, creo que con dolor,
más que yo non podría sser dello trovador. (92)

Celosas de su reputación, temen la deshonra. Es bien sabido que la mujer que pierde su buena fama es despreciada por todos, por lo que ellas impiden que las habladurías y ruindades hagan mella en su vida. Demuestran su prudencia al escapar de los chismosos y maledicentes.

A muchos faze mal el ome mesturero,
a muchos desayudo e a si de primero:
rreçelan dél las dueñas, danle por fazañero:
por mal dicho de uno pyerde todo el tablero. (570)

Cuando la primera dueña (copla 77 ss.) se entera de los chismes que cuentan los cizañeros, decide no tener más trato con el Arcipreste. Pero, aun estando decepcionada del Arcipreste, es incapaz de insultarlo con groserías. Hacer un escándalo, excitarse y airarse, implican caer en la vulgaridad. Antes bien, esta noble señora recurre a la sutileza de la literatura y lo compara con una fábula de Esopo de doble sentido. De este modo pone en evidencia otra característica suya: es una mujer letrada.

Es común que los seductores sean dadivosos. Dan regalos, especialmente joyas, para impresionar a las mujeres con su riqueza y así desviarlas del buen camino. Algunos mentirosos que no poseen dinero hacen grandilocuentes promesas. El tópico de «dar para recibir» es muy frecuente.

Toda muger del mundo e dueña de alteza
págase del dineroe de mucha riqueza;
yo nunca vy fermosa, que quisyese pobreza:
do son muchos dineros, y es mucha nobleza. (508)

El Arcipreste entrega regalos a una dueña (copla 167 ss.), entre ellos paños y cintas, cuentas y sortijas. Son presentes destinados a cubrir el cuerpo de la amada y a hacerla más atractiva. Esta buena señora se niega a aceptar regalos, pues luego debería actuar en consecuencia. No está dispuesta a incurrir en el pecado que perdería su alma.

Non perderé yo a Dios nin al su parayso
por pecado del mundo, que es sombra de aliso:
non soy yo tan ssyn sesso, sy algo he priso:
quien toma, dar debe, dizelo sabio enviso. (173)

El Arcipreste valora mucho la piedad de las mujeres. Esta debilidad suya se pone de manifiesto muy claramente cuando se enamora de una dueña a la que ve haciendo oración (copla 1321 ss.). Le agrada que sea devota, mas es justamente la religiosidad lo que impide a las mujeres caer en el pecado.



El máximo ejemplo de la piedad religiosa es la monja, doña Garoza (copla 1332 ss.). El origen de esta aventura es el consejo que hace Trotaconventos al Arcipreste. Le recomienda que ame a alguna monja y elogia su habilidad como amantes. Además, aparece el lado realista y cómico: le cuenta que regalan a sus amigos con golosinas y confituras y que son de pasión duradera. Estos comentarios, sumados a las reiteradas críticas que hace el autor a lo largo de la obra sobre la incontinencia de los religiosos, nos llevan a creer que la monja será una mujer liviana, de esas que se pierden.

Doña Garoza no cede tan fácilmente, sino que inicia un debate por fábulas. Ya allí comienza a perfilarse su verdadero retrato, muy diferente de aquel de las monjas amigas del galanteo. Lentamente, el episodio se va idealizando.

El de la «mal-monjada» es un tópico común en la lírica medieval. Trata el tema de las jóvenes que son obligadas a tomar los votos, en contra de su voluntad, y anhelan los placeres del mundo. Sin embargo, no es éste el caso de doña Garoza que demuestra tener verdadera vocación religiosa. Prefiere la vida sacrificada del convento y la pobreza a los placeres y la abundancia con que quiere impresionarla Trotaconventos.

Cuando se produce el encuentro con el Arcipreste, la historia se desvía hacia un horizonte ascético. Él admira su belleza pero, fundamentalmente, realza su piedad y virtud. Lo exterior es agradable a la vista, es cierto, pero más laudable aún es lo interior, ya que muchas veces las apariencias engañan. Es importante destacar la connotación del nombre de la monja. «Garoza» no es cristiano, sino árabe y significa «desposada». Bajo el nombre de infiel, está la fiel desposada del Señor que persevera en sus votos sagrados.

Doña Garoza muestra la buena senda al Arcipreste y actúa como su apoyo espiritual. Ésta es la influencia más elevada que puede ejercer una mujer sobre un hombre: lograr que se acerque a Dios.

Rresçibióme la dueña por su buen servidor,
siempre le fuy mandado e leal amador,
mucho de bien me fizo con Dios en linpio amor:
en quanto ella fué byva, Dios fué mi guiador. (1503)

Incluimos el episodio de la mora (copla 1508 ss.), aunque su virtud no sea del tipo de las dueñas cristianas. No está sometida a la misma tensión que aquellas experimentan entre el deseo carnal y el ideal de la templanza, inspirado en la Virgen.

La suya es una moralidad diferente, pero de principios firmes y arraigados. Esto se evidencia en la manera hostil en que rechaza las insinuaciones de Trotaconventos. Sólo pronuncia cuatro palabras en árabe, pero con tal énfasis y convicción, que bastan para expresar su inexpugnable voluntad.

La crítica María Rosa Lida contrapone la figura de doña Garoza, equivoca hasta el final, con la postura de la mora, inequívoca desde el principio.⁴

2.3 Las pérdidas

Son dueñas nobles y ricas, jóvenes y lozanas, hermosas y de talle apuesto. También poseen buenas costumbres y son virtuosas, al menos al iniciarse los episodios. ¿Por qué no caracterizarlas basándonos en su virtud? Porque, en lo que al amor concierne, existe una gran discrepancia entre los ideales ascéticos del cristianismo y la realidad humana. Algunas mujeres son pérdidas por el pecado y caen del pedestal que se gana con la castidad.

Dos son los ejemplos de este tipo de mujer que vamos a tratar. Por supuesto, doña Endrina (copla 580 ss.), el más desgarrador ejemplo de la pérdida de la inocencia y la dueña tan joven, casi niña (copla 910 ss.).

Ambas salen poco de su casa, viven muy guardadas y celadas por sus padres, que quieren preservarlas de la debilidad de la carne. ¡Menuda ingenuidad la suya! Las mujeres gustan de llevar la contra y por eso se rebelan contra los preceptos inculcados. Les atrae violar el límite de lo prohibido, por lo que el encierro sólo tiene como resultado enardecerlas.

Cuyda la madre cara que por la sosañar,
por correrla e ferirla e por la denostar,
que por ende será casta e la fará estar;
estos son agujones que la fazen saltar. (521)

⁴ Lida de Malkiel, María Rosa, «Nuevas Notas para la interpretación del Libro de Buen Amor», en *Estudios de literatura española comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pp. 267-268.

Las medianeras son indispensables en los casos en que la dueña está encerrada. Se hacen pasar por vendedoras y logran fácilmente el acceso a las casas. Luego incitan a las jóvenes a salir al mundo.

Con arte y sutileza se persuade a las inexpertas. Trotaconventos se vale de muchos artilugios para fascinar a las jóvenes. Les cuenta en tono confidencial acerca del pretendiente y les entrega regalos. Sabe mentir y ocultar la traición tras amables sonrisas.

En algunos casos, las medianeras recurren a algún filtro, de esos que causan el amor, y logran que la joven pierda la cordura y la razón. El Arcipreste sugiere que esto puede haber sucedido a la dueña casi niña.

Ssy la enfychisó o sy le dyó atyncar
o sy le dyó raynela o le dyó mohalinar
o si le dyó ponçoña o algund adamar,
mucho ayna la sopo de su seso sacar. (941)

El caso de doña Endrina es muy particular. En principio, el enamorado quiere casarse con ella pero la dueña no accede a sus requerimientos porque ella tiene una posición social superior. Además, aún no ha cumplido con el año de luto por su viudez y teme los malos comentarios. Con estas actitudes evidencia su prudencia y el respeto que le inspira la opinión pública. El pretendiente, herido por las penas de amor, se ve forzado a recurrir a los servicios de Trotaconventos.

Cuando la alcahueta elogia al pretendiente con todos los atributos que podrían esperarse de un buen partido, doña Endrina se interesa en él como futuro marido. Mas una vez comenzada la seducción, es sencillo desviar a las mujeres de su propósito inicial. Es bien sabido que las alcahuetas no intervienen en los amores legítimos.

Doña Endrina, aunque enamorada de su pretendiente, no está dispuesta, al menos, no todavía, a entregársele voluntariamente. Trotaconventos se vale entonces de un recurso tan triste como corriente: el engaño. La medianera atrae a la dueña hasta el *locus amoris* y allí la joven indefensa es despojada de su virtud por medio de la violencia. El honor mancillado de la joven se simboliza con la endrina, ciruelita silvestre que queda marcada con el menor roce.

Doña Endrina descubre la trampa cuando ya ha sido burlada. Demasiado tarde. De nada valen los lamentos. Una mujer deshonrada es una pérdida, aun para los seres más queridos.

Ya los peçes de las aguas, quando veyen el
ansuelo,
¡El pescador los tiene e los traye por el suelo!
La mujer veye su daño, quando ya fýnca con
duelo;
non la quieren los parientes, padre, madre nin
auelo. (884)

Antes de condenar a las medianeras como instrumento del mal, es justo escuchar otros testimonios. Doña Venus, muy docta en materia amorosa, sostiene que las dueñas sucumben porque ellas también quieren satisfacer su deseo y que sólo las detiene el temor a la deshonra.

Por mejor tyen' la dueña de ser un poco forçada;
'que dezir: «fáz tu talent», como desvergonçada;
con poquilla de fuerça fýnca mas desculpada:
en todas las animalyas es cosa provada. (631)

Cuando se vence el temor de las prohibiciones y se olvida la imagen amenazadora del infierno, se produce el contacto con el mundo, basado en la experiencia. Las mujeres se relacionan entonces con «lo bajo», material y corporal. Pero desaparecido el sentimiento de la euforia llega el momento amargo. La aparente felicidad se trastoca en miseria. Las pérdidas son dominadas por la culpa. Las torturan y angustian sus actos pasados. Han perdido su virtud y así, han descendido un escalón más en la escala de la mujer ideal, casta y pura.

2. 4 La «fácil»

No todas las dueñas son virtuosas o inocentes que fueron engañadas. En el historial amoroso del Arcipreste hay también una mujer que se caracteriza justamente por su liviandad. La dama en cuestión es Cruz, una panadera (copla 112 ss.). Lo cotidiano irrumpe con fuerza gracias a este personaje. En Cruz ya casi no quedan rasgos de la mujer idealizada. El autor reconoce, desde el primer momento en que se fija en ella, que es «mujer no santa» (112b). Además, su oficio es muy significativo; ya no hablamos de una dueña «de buen linaje» sino de una mujer de un estrato social inferior.



El Arcipreste envía cantares y sortijas a las otras dueñas; en cambio, a Cruz le manda un conejo y le promete trigo. La índole de los regalos puede ser un indicio de las necesidades de la mujer, que no está en una holgada situación económica, o actuar a modo de símbolo, tanto de la mala reputación de Cruz, «despreciada por muchos» (112d), como de su condición social.

La comida sirve como motivo de reunión en la clase popular. El principio de la absorción de alimentos implica una satisfacción, así como el goce sexual, de los instintos más bajos y corporales, tan mal vistos en una clase social superior.

Mediante ese obsequio, el Arcipreste busca persuadir a la dueña de ser su amante. La comida tiene el poder de liberar de las cadenas del temor religioso. Hace que todo se torne accesible, propenso al juego y a la alegría. Por eso, en las charlas de mesa el hombre se halla más propenso al libertinaje.

Cruz es la representante de una casta y sus gustos y costumbres. De tan común que es, luce como vulgar. Esta mujer, en apariencia tan accesible, no debiera ser una conquista difícil. Pero sí puede, como muchas otras mujeres que actúan caprichosamente, realizar una elección arbitraria. Se queda con Ferrand García, el infiel mensajero.

El mensajero es quien goza de los favores de la dama, quien «come la carne» (113d). Porque la comida, tema recurrente a lo largo de todo el episodio, también simboliza el triunfo. Ferrand García come y celebra su triunfo en detrimento del Arcipreste, que se queda «rumiando» (113d) su derrota.

El mal tino de las mujeres para elegir a sus amigos motiva la única diatriba francamente antifeminista de la obra.

Pero, aun en su despecho, el autor culpa de esto a don Amor y no directamente a las mujeres.

De la loçana fazes muy nesçia e muy boba,
fazes con tu grand fuego, como faze la loba.
al mas astroso lobo, al enatio ajoba;
aquel da de la mano e de aquel s'encoba.

Así muchas fermosas contigo se enartan,
con quien se les antoja, con aquel se apartan,
quier feo, quier enatio; aguisado, non catan:
quanto más a ty creen, tanto peor baratan.
(402-403)

2. 5. Las grotescas

Hemos visto que no todas las mujeres son presentadas de la misma manera en el *Libro de Buen Amor*. No todas son virtuosas ni todas son nobles. Pero, hasta el momento, de todas las dueñas podía decirse que eran mujeres bellas y atractivas. Ahora examinaremos la degradación de la mujer en el aspecto estético. Porque el Arcipreste también ve a algunas mujeres ridículas o directamente repulsivas a causa de sus defectos físicos. Ellas constituyen el grado más bajo en la estimación de la mujer.

En su viaje por la sierra de Guadarrama el Arcipreste se encuentra con cuatro serranas, toscas y feas. La caracterización de estas mujeres tiene una relación directa con la región donde habitan. Las montañas y abismos, que constituyen el relieve de la sierra, se reflejan en la fisonomía de sus cuerpos, tan exagerados y desbordantes. Estas imágenes grotescas, que se diferencian claramente de las cotidianas para el Arcipreste, preestablecidas y perfectas, le parecen deformes y horribles.

Si bien el autor muestra una intención satírica respecto de las serranas, se interesa por sus gustos y costumbres. Lo desconciertan estas mujeres y por eso nos hace una descripción bastante detallada de ellas y su modo de vida. Menéndez Pelayo señala que hay, en lo abultado de estas caricaturas, cierto sentido poético de la vida rústica, sano y confortante.⁵ Por el contrario, María Rosa Lida afirma que Juan Ruiz, como poeta de ciudad, no es propenso a idealizar la vida de campo.⁶

Las serranas tienen tareas y oficios pesados. Pueden ser guardias camineras, pastoras o vaqueras. Para realizar estas tareas deben ser fuertes, a la manera masculina, y abdicar de la delicadeza y fragilidad femeninas. Se enorgullecen de su fortaleza física, superior a la de muchos hombres. La recia Chata

⁵ Menéndez Pelayo, Marcelino, op. cit., pp. 301-302.

⁶ Lida de Malkiel, María Rosa, *Dos obras maestras españolas: El Libro de Buen Amor y La Celestina*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 54.

proclama que ella «a los hombres ata» (952 d). Aun en las situaciones eróticas, mantiene su actitud dominante. Invita, en tono más bien imperativo, al Arcipreste a «luchar» con ella (969 g). No es un simple eufemismo para designar las relaciones sexuales. La competencia hombre-mujer está presente.

La vaquerisa traviessa
dixo: «Luchemos un rato,
lyevate dende apriesa,
desbuelvete d'aques haro».
Por la moneca me priso,
ov'a faser lo que quiso:
¡Creet que fliz' buen barato! (971)

La sierra, tan árida como desolada, es un recreo de los convencionalismos y normas de buena conducta. Estas mujeres son frontales y directas. No vacilan en caer en actitudes bajas o violentas. Golpean e insultan con fiereza.

Ryome como rrespuso
la serrana tan sañuda.
Descendio la cuest'ayuso.
Cómo era atrevuda
dixo: «non sabes el uso,
cómo s'doma la rres muda;
quicá el diablo te puso
esa lengua tan aguda:
¡Si la cayda t'enbyo! (990)

Las serranas no son precisamente piadosas y el Arcipreste subraya este aspecto, ya que las denomina casi como criaturas infernales. Cuando cuenta su encuentro con Gadea, de Río Frío (975 ss.), la llama «ex comulgada» (979b) y «endiablada» (991e). Sin embargo, cuando estas mujeres lo amenazan, el Arcipreste recurre a los elogios y la cortesía para que suavicen su actitud. Las mujeres, tanto las de la sierra como las de la ciudad, son sensibles a los halagos.

Ffásie nie', granisava,
dixome la Chata luego:
hascas que m'amenasava:
«págam', sinon, verás juego!».
Dixel'yo: «Por Dios, fermosa,
desirvos he una cosa
más queri' estar al fuego». (964)

El Arcipreste no les aplica ningún término objetivo o neutro. Los elogios exagerados y engañosos con que intenta persuadirlas son el revés de los

juramentos que utiliza luego para describirlas.

Las serranas son muy codiciosas. En ellas no hay vestigios de la caridad cristiana. Para ayudar al Arcipreste, su prójimo, exigen una paga. Proponen sin rodeos un intercambio comercial. Pero estas mujeres, desconfiadas y recelosas, son engañadas por las promesas del Arcipreste. No obtienen ninguna ganancia. La tercera serrana, Menga Llorente (993 ss.), pretende casarse con él. Le exige como condición muchos regalos y enumera, sin ningún pudor, todo lo que desea.

«Dam'çarciellos e heviella
de latón byen relusiente,
e dam'toca amariella,
byen listada en la fruenta,
capatas fasta rrodiella;
e dirá toda la gente:
¡bien casó Mengua Llorente! (1004)

El Arcipreste es alimentado por las serranas. Las imágenes del cuerpo grotesco están íntimamente asociadas a la gran comida. La abundancia de manjares rústicos determina el carácter alegre y despreocupado de la comida. En el acto concreto de comer no hay el menor atisbo de idealismo o abstracción. Luego, el Arcipreste se entrega de manera intrépida y alegre a lo corporal con estas mujeres.

Las serranas son emprendedoras y lascivas, groseramente sensuales. Imponen su amor al desvalido viajero, con lo cual se produce la inversión de los valores a los que venía acostumbrándonos el autor. Estas mujeres toman la iniciativa, sin vergüenza ni temor a la deshonor.

El grado más extremo de la degradación de la mujer lo constituye la última serrana, doña Alda. Su retrato se corresponde, casi exactamente, con la inversión de los rasgos de la dama ideal, enumerados por don Amor (441-448).



1010b: ena gran yegua caballar	431b: que no sea may luenga
1012a: Habia la cabeza mucho grande sin guisa	432a: de cabeça pequena
1012b: cabellos chicos, negros	432b: cabellos amarillos
1012c: ojos fondos e bermijos	433a: ojos grandes, someros, pyntados, relucientes
1012d: mayor es que de osa su pisada do pesa	445c: pies chicos, arqueados
1013a: las orejas tamaño como d' ayal borrico	433c: las orejas pequeñas, delgadas
1013b: el su pescueço negro, ancho, velloso, chien	433d: el cuello alto
1014a: su boca de ulana, grandes rostros e bermijos,	434d: los labios de su boca
angostillos e gordos	
1014b: dyentes anchos e loengos, cavallunos,	434a: los dyentes menudillos
max mundos	
1014c: las sobrecejas anchas e más negras	432c: las cejas apartadas, luengas, altas en peña
que tondos	
1015a: de pelos mucho negros tiene boço de barvas	435b: la su faz sea blanca, syn pelos, clara e lysa
1017b: vellosa, pelos grandes	448a: guarte byen que non sea belkosa nin barbuda
1017c: boz gotda e gurgosa, a todo ome enteta	448c: boz aguda
1018a: el su dedo chíquillo mayor es que mi polgar	448e: la mino chyca, delgada

3. Conclusión

Luego del encuentro con las serranas, el Arcipreste va a Santa María del Vado en peregrinación. La exaltación de la Virgen nos lleva desde las profundidades, en que estaba sepultado el ideal femenino, hasta las más excelsas alturas. La visión de la mujer, que había caído de manera rotunda y absoluta, se eleva nuevamente.

En el *Libro de Buen Amor* los diferentes tipos de mujer se mueven en círculo, conforman una rueda. Por eso se da la permutación permanente de lo alto y lo bajo, la elevación y la caída, el cielo y el infierno. En este juego de contrarios, el derecho y el revés se confunden y de esta fusión surge la visión de la mujer.

Es cierto que el Arcipreste busca y persigue a la mujer ideal. Aquella que tenga todas las virtudes y se asemeje a la Virgen. Inclusive, fundamenta su fe feminista con razones teológicas.

Ssy Dios, quando formó el ome, entendiera
que era mala cosa la mujer, non la diera
al ome por compañía, nin dél non la feziera;
ssy para bien non fuera, tan noble no saliera.
(109)

Sin embargo, comprende que las limitaciones son humanas y la perfección de los seres terrenos, una ilusión. Por eso, no se desazona ante la cruda realidad, sino que contempla con indulgencia y tolerancia los vicios y defectos femeninos. El Arcipreste tiene una actitud optimista y alegre frente a la vida y es receptivo a las motivaciones favorables. Prefiere destacar los aspectos más positivos que ofrece la mujer. Así, cuando elogia las

propiedades de las mujeres pequeñas, dice con humor exento de malicia:

Ssyenpre quis' muger chica, más que grand'nin
mayor:
¡Non es desaguizado de grand mal ser foydor!
Del mal, tomar lo menos: díselo el sabidor:
¡Por end' de las mugeres la menor es la mijor!
(1617)

4. Bibliografía

4.1 Primera fuente

Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, México, Porrúa, 1996.

4.2 Segundas fuentes

Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza Universidad, 1990

Bueno Domínguez, María Luisa, *Pasiones, júbilos y lamentos en la Edad Media*, Madrid, Universidad Autónoma, 1995, pp. 27-83

Dosen, Silvia Ana, «Los personajes: tipologías», en Raúl, E. Paggi (comp.), *Enciclopedia Hispamérica de la lengua y la literatura*, Buenos Aires, Hispamérica Ediciones Argentina, 1987, pp. 120-121

Legoff, Jaques, «El hombre medieval» en Legoff, Jacques (y otros), *El Hombre Medieval*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 11-44

Lida de Malkiel, María Rosa, *Dos obras maestras españolas: El Libro de Buen Amor y La Celestina*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pp. 28-61

—, «Notas para la interpretación, influencia, fuentes y texto del *Libro de Buen Amor*», en *Estudios de literatura española comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pp. 53-202

—, «Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*» en *ibidem*, pp. 205-287

Menéndez Pelayo, Marcelino, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, s. f., t. I, pp. 257-314